



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 26 de febrero de 200

Todo ser que alienta alabe al Señor

1. Resuena por segunda vez en la *liturgia de Laudes* el salmo 150, que acabamos de proclamar: un himno festivo, un aleluya al ritmo de la música. Es el sello ideal de todo el Salterio, el libro de la alabanza, del canto y de la liturgia de Israel.

El texto es de una sencillez y transparencia admirables. Sólo debemos dejarnos llevar por la insistente invitación a alabar al Señor: "Alabad al Señor (...), alabadlo (...), alabadlo". Al inicio, Dios se presenta en dos aspectos fundamentales de su misterio. Es, sin duda, trascendente, misterioso, distinto de nuestro horizonte: su morada real es el "templo" celestial, su "fuerte firmamento", semejante a una fortaleza inaccesible al hombre. Y, a pesar de eso, está cerca de nosotros: se halla presente en el "templo" de Sión y actúa en la historia a través de sus "obras magníficas", que revelan y hacen visible "su inmensa grandeza" (cf. vv. 1-2).

2. Así, entre la tierra y el cielo se establece casi un canal de comunicación, en el que se encuentran la acción del Señor y el canto de alabanza de los fieles. La liturgia une los dos santuarios, el templo terreno y el cielo infinito, Dios y el hombre, el tiempo y la eternidad.

Durante la oración realizamos una especie de ascensión hacia la luz divina y, a la vez, experimentamos un descenso de Dios, que se adapta a nuestro límite para escucharnos y hablarnos, para encontrarse con nosotros y salvarnos. El salmista nos impulsa inmediatamente a utilizar un subsidio para nuestro encuentro de oración: los instrumentos musicales de la orquesta del templo de Jerusalén, como son las trompetas, las arpas, las cítaras, los tambores, las flautas y los platillos sonoros. También la procesión formaba parte del ritual en Jerusalén

(cf. *Sal* 117, 27). Esa misma invitación se encuentra en el Salmo 46, 8: "Tocad con maestría".

3. Por tanto, es necesario descubrir y vivir constantemente la belleza de la oración y de la liturgia. Hay que orar a Dios no sólo con fórmulas teológicamente exactas, sino también de modo hermoso y digno.

A este respecto, la comunidad cristiana debe hacer un examen de conciencia para que la liturgia recupere cada vez más la belleza de la música y del canto. Es preciso purificar el culto de impropiedades de estilo, de formas de expresión descuidadas, de músicas y textos desaliñados, y poco acordes con la grandeza del acto que se celebra.

Es significativa, a este propósito, la exhortación de la *carta a los Efesios* a evitar intemperancias y desenfrenos para dejar espacio a la pureza de los himnos litúrgicos: "No os embriaguéis con vino, que es causa de libertinaje; llenaos más bien del Espíritu. Recitad entre vosotros salmos, himnos y cánticos inspirados; cantad y salmodiad en vuestro corazón al Señor, dando gracias continuamente y por todo a Dios Padre, en nombre de nuestro Señor Jesucristo" (*Ef* 5, 18-20).

4. El salmista termina invitando a la alabanza a "todo ser vivo" (cf. *Sal* 150, 5), literalmente a "todo soplo", "todo respiro", expresión que en hebreo designa a "todo ser que alienta", especialmente "todo hombre vivo" (cf. *Dt* 20, 16; *Jos* 10, 40; 11, 11. 14). Por consiguiente, en la alabanza divina está implicada, ante todo, la criatura humana con su voz y su corazón. Juntamente con ella son convocados idealmente todos los seres vivos, todas las criaturas en las que hay un aliento de vida (cf. *Gn* 7, 22), para que eleven su himno de gratitud al Creador por el don de la existencia. En línea con esta invitación universal se pondrá san Francisco con su sugestivo *Cántico del hermano sol*, en el que invita a alabar y bendecir al Señor por todas las criaturas, reflejo de su belleza y de su bondad (cf. *Fuentes Franciscanas*, 263).

5. En este canto deben participar de modo especial todos los fieles, como sugiere la *carta a los Colosenses*: "La palabra de Cristo habite en vosotros con toda su riqueza; instruíos y amonestaos con toda sabiduría; cantad agradecidos a Dios en vuestros corazones con salmos, himnos y cánticos inspirados" (*Col* 3, 16).

A este respecto, san Agustín, en sus *Exposiciones sobre los salmos*, ve simbolizados en los instrumentos musicales a los santos que alaban a Dios: "Vosotros, santos, sois la trompeta, el salterio, el arpa, la cítara, el tambor, el coro, las cuerdas y el órgano, los platillos sonoros, que emiten hermosos sonidos, es decir, que suenan armoniosamente. Vosotros sois todas estas cosas. Al escuchar el salmo, no se ha de pensar en cosas de escaso valor, en cosas transitorias, ni en instrumentos teatrales". En realidad, "todo espíritu que alaba al Señor" es voz de canto a Dios (*Esposizioni sui Salmi*, IV, Roma 1977, pp. 934-935).

Por tanto, la música más sublime es la que se eleva desde nuestros corazones. Y precisamente

esta armonía es la que Dios espera escuchar en nuestras liturgias.

Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de América Latina y de España, en particular a los colegios "Mater Salvatoris" de Madrid y de los Claretianos de Barbastro, así como a la parroquia Sagrado Corazón de Jesús de Albacete. En la oración personal y en la liturgia alabemos al Señor con nuestra voz y con el corazón. Muchas gracias.

(En italiano)

Me dirijo ahora a los *jóvenes*, a los *enfermos* y a los *recién casados*. Mañana se celebra la memoria litúrgica de san Gabriel de la Dolorosa, joven religioso pasionista.

Queridos *muchachos* y *muchachas*, que habéis venido hoy en tan gran número, de su refulgente ejemplo sacad el valor para ser fieles discípulos de Cristo. Os invito a todos a imitar a Jesús y a seguirlo sin componendas en los diferentes ambientes en los que vivís. Os exhorto a vosotros, queridos *enfermos*, a afrontar todas las pruebas con espíritu de fe y de esperanza evangélica.

Finalmente, a vosotros, queridos *recién casados*, os deseo que, como san Gabriel, encontréis en el misterio de la cruz el amor divino que consagra vuestra unión.